

TENDENCIAS EN EL USO DEL ESPACIO EN CERRO DE LOS INDIOS 1

MARÍA JOSÉ FIGUERERO TORRES*

INTRODUCCIÓN

El análisis de estructuración del espacio de CII está orientado a estudiar la historia de ocupación de la localidad, en parte vinculado con el interés en contrastar la hipótesis general referente a su uso como lugar dominante (Mengoni Goñalons y Yacobaccio, en este volumen). Las características de CII que interesan para un análisis de esta naturaleza son las siguientes:

- la redundancia de rasgos y ciertos tipos de depósitos identificados en las excavaciones;
- la comprimida sucesión de estratos en las áreas excavadas;
- el modelo cronológico de edades radiocarbónicas propuesto (Aschero *et al.* 1999).

Estas características servirán de base para discutir el modo en que se organizaron las actividades cotidianas, la persistencia en el uso del espacio y el ritmo de reocupación de la localidad. En lo que sigue presentamos los conceptos analíticos empleados (e.g., ocupación arqueológica), el desarrollo de los temas recién mencionados y las tendencias que se pueden perfilar.

Para ello partimos de un concepto de *ocupación* cuya definición considerará la frecuencia, el tiempo y la continuidad en el uso de un espacio, y además contemplará su

* Sección Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

correlato material en el registro arqueológico. Este acercamiento se diferencia del empleo tradicional del concepto (Binford 1983; Dewar y McBride 1992) donde *ocupación* refiere a un episodio continuo de uso residencial de un lugar discreto que, en forma implícita, se corresponde con un intervalo temporal breve. Dado que este intervalo es de escala etnográfica, el concepto tradicional de ocupación debe considerarse como un ejemplo de unidad de análisis de definición sistémica (Jones y Beck 1992; Sullivan 1992). Por lo tanto, su aplicación directa al registro arqueológico plantea ciertos inconvenientes (O'Connell 1995), sin un previo análisis del intervalo de tiempo realmente involucrado.

Para definir el término *ocupación* desde una perspectiva arqueológica debemos tener en cuenta la escala de nuestro análisis. El concepto de escala involucra dos aspectos: *inclusividad*, entendida como la naturaleza y amplitud del material descripto, y *resolución*, el grado de detalle o fineza de grano de la unidad (Ramenofsky y Steffen 1998). La relación entre ambas propiedades es inversa: un menor grado de inclusividad conlleva un mayor grado de resolución y viceversa (e.g., región vs. localidad). Por lo tanto, cuando hablamos de ocupación nos podemos referir tanto al uso continuo de una región, de una localidad u otra unidad espacial menor (Rossignol y Wandsnider 1992). Partiendo de la definición tradicional podemos entonces decir que *ocupación arqueológica* refiere a un episodio de uso continuo de un determinado espacio, cuyo grado de resolución e inclusividad temporal y espacial deberá ser definido en cada caso para la escala de análisis de nuestro trabajo.

En el presente caso, las unidades que contienen a estas ocupaciones se corresponden con los distintos estratos conformados por superficies y depósitos (Harris 1991). Aquí tenemos por lo tanto, unidades con dimensiones espaciales discretas que involucran una dimensión temporal. Estas pueden ser acotadas en el tiempo por los fechados radiocarbónicos, pero es el grado de resolución el que definirá la homogeneidad y complejidad de los eventos contenidos en los episodios de ocupación (Binford 1981).

El análisis de la estructuración del espacio desde un *enfoque formacional* (Wandsnider 1996) jerarquiza los procesos de formación de los depósitos que configuran la ocupación contenida en el estrato analizado. Un análisis de esta naturaleza debe considerar la organización de las actividades que generan descarte y las actividades de mantenimiento (Binford 1983). Esto permite determinar el grado de resolución de los eventos de depositación representados y, a su vez, la génesis y formación de las ocupaciones y la existencia de reocupaciones.

Este tipo de análisis implica tomar distancia de los aspectos funcionales de las actividades tal como son inferidas sobre la base del análisis de los conjuntos artefactuales

y de otras clases de vestigios (Binford 1981; Wandsnider 1996). También requiere un modelo teórico del registro arqueológico que conciba la posibilidad de discriminar la *variabilidad ocupacional* para cada unidad analizada (Sullivan 1995). Consideramos que este tipo de análisis es el más adecuado para estudiar la distribución de rasgos, artefactos y otros elementos del registro arqueológico, y para la determinación de los procesos de formación de los depósitos como resultado de actividades de mantenimiento (Tani 1995; Wandsnider 1996).

ANÁLISIS DE LA LOCALIDAD

En el Área de Excavación 2 (AE2) hay 11 *unidades estratigráficas* excavadas hasta el momento. Son capas claramente definidas por su color, textura y estructura; existiendo en algunos casos subdivisiones sobre la base de cambios netos en su grado de compactación y matriz, de ahí su diferenciación (e.g., 6a y 6b). El espesor dentro de una misma capa es variable con un rango comparable (entre 3 y 18 cm), dependiendo de la existencia de rasgos negativos (Harris 1991), como pozos o cubetas, en las diferentes capas (Figura 1). Por lo cual consideramos que las medidas de superficie son suficientes para el análisis comparativo de las distintas capas. Dado el objetivo de estudiar la resolución temporal, empleamos un criterio de máxima distinción (Grayson 1984), respetando las divisiones observadas en las capas, las que serán usadas como unidades estratigráficas mínimas de referencia para el análisis de estructuración del espacio.

Dentro de estas capas identificamos a los *rasgos* resultantes de la formatización del terreno, que requieren mantenimiento y tienen una vida útil determinada (Wandsnider 1996). Seleccionamos tres clases de rasgos: (a) acumulaciones de paja (camadas, planchones, haces dispersos), (b) modificaciones de las superficies (pozos, depresiones, etc.) y (c) indicadores de combustión (cenizas, carbones dispersos, fogones). Para cada una de estas clases se relevaron sus dimensiones, densidad y estado (Figuerero Torres 2000). Las clases son claramente identificables y están conformadas por materiales de diversa naturaleza con distintas respuestas a los procesos postdeposicionales. Estos rasgos reflejan una gama variada de actividades que potencialmente pueden estar sujetas a distintos grados de reutilización ocurridos durante los episodios de ocupación.

En lo que sigue, presentamos algunas tendencias para los tres temas contemplados: el modo en que se organizaron las actividades, la persistencia en el uso de la localidad y el ritmo de reocupación de la misma.

El modo de organización de las actividades

Hasta el momento, se estudió la ubicación y extensión de los rasgos mencionados a lo largo de las capas 4 a 11 (Figura 1) para luego poder analizar su distribución en relación con la estructuración espacial de la localidad (Figuerero Torres 2000). Las tres clases de rasgos se presentan conjuntamente en cada una de las capas, y la mayoría de las veces en una amplia variedad de formas y con distintas frecuencias. Los pozos y rasgos de combustión se encuentran frecuentemente asociados a algún otro rasgo, aunque en líneas generales todas las clases tienden a formar unidades depositacionales discretas. Hay gran persistencia en la forma de presentación y frecuencia de estas tres clases a lo largo de la secuencia, y también en los rasgos que se asocian entre sí. Esta persistencia es notable en el caso de los pozos, pozos con relleno, pocitos, planchones de paja, concentraciones de carbones, fogones playos y fogones en cubeta (Figuerero Torres 2000).

Para el análisis específico de estructuración del espacio aquí presentado, seleccionamos a las capas 6a, 6b, 7a, y 7b por su amplia extensión en la superficie abierta del Área de Excavación 2. Partimos de considerar el espacio potencialmente disponible para la disposición de las actividades en el lugar, junto con los limitantes naturales (*physical constraints*, según Wandsnider 1998) existentes para cada ocupación. Estos últimos son: la pared del alero hacia el sur, el talud ubicado hacia el norte, y un gran bloque caído sobre el perfil oeste (Mengoni Goñalons y Yacobaccio, en este volumen: Figura 1; Figura 2).

El indicador de combustión más importante es la existencia de un fogón grande en cada una de las capas discutidas, siempre a una distancia comparable de la pared y del bloque referido, ubicándose en la porción centro-oeste del área de excavación. En la capa 6b hay además un fogón más pequeño a 2 m de distancia, en una zona de depresiones y camadas de paja. Las concentraciones discretas de cenizas y/o carbones no están a más de 50-100 cm del fogón mayor, y en algunas capas (6a y 7b) se encuentran junto con camadas de paja y/o pozos. El sustrato rubefaccionado está siempre asociado al borde de los fogones (grande y pequeño). Los pozos se encuentran alejados del bloque, y en su distribución parecen extenderse más allá del límite este del área de excavación. No obstante, la posición del fogón mayor y la pared parecen referentes más claros, ya que los pozos, pocitos y depresiones bien delimitadas se encuentran próximos a ellos. Esto es especialmente cierto para los pocitos ubicados entre la pared y el fogón más grande de las capas 6a y 7b, y para las depresiones dispuestas en la porción este del área excavada. El rasgo que denominamos "reborde", resultado de la formatización de la capa 4c, se mantiene en la misma posición para todas estas capas, y de hecho limita su depositación y extensión hacia el norte (Figuras 1 y 2). Las concentraciones de paja se

disponen entre el fogón y la pared, pero además en relación con los pozos o depresiones. Por lo tanto, se distribuyen principalmente en la porción sur y este del área excavada.

En los patrones recién descritos, la mayoría de estos rasgos arqueológicos mantienen distancias relativas similares con respecto de los límites fijos naturales: la pared del alero y un bloque caído. A su vez, el rasgo denominado "reborde" se mantuvo inalterado durante la depositación de estas capas, y también actuó de contención limitando la disposición de rasgos en el sector norte del área de excavación. Por lo tanto, puede considerarse que estos condicionaron el uso del espacio circundante y fueron incorporados a la organización de las actividades. Dentro de estos límites, persisten las posiciones relativas semejantes del conjunto de rasgos en cada capa. Esto se refleja en las relaciones entre fogones y camadas de paja, pozos y camadas de paja, y finalmente entre fogones y pozos (e.g., Figura 2). Esta semejanza en la disposición marca un grado de estructuración interna, resultado de las actividades que generaron los rasgos. Es posible además que algunos de ellos, como el caso de los fogones y el "reborde", hayan actuado como "limitantes inducidos" (Koetje 1994) que también focalizaron la estructuración interna de las actividades.

Persistencia en el uso de la localidad

Esto refiere no sólo al lapso en el cual se ubica la secuencia sino a la redundancia en el uso del espacio y la ubicación superpuesta de las ocupaciones. Aquí partimos de *modelos de reocupación* sistémicos que miden el grado en que ocupaciones anteriores son incorporadas cuando una localidad es reocupada y el ritmo de uso de la misma (Wandsnider 1992). Esto permite establecer relaciones entre eventos de ocupación sobre la base del uso de la localidad, independientemente de su funcionalidad hipotética. Su equivalente arqueológico está representado por los *modelos de congruencia* espacial (Dewar y McBride 1992) que miden el grado de desplazamiento entre ocupaciones de capas sucesivas, en nuestro caso considerando los rasgos individualmente y en su conjunto (Figuerero Torres 2000).

De los rasgos presentados en la sección anterior, existe un desplazamiento casi nulo entre los fogones mayores de todas las capas consideradas, ubicándose en la misma posición a lo largo de ellas: superpuestos en el mismo lugar, a la misma distancia de la pared del alero y del bloque. Hay muy poco desplazamiento entre algunos de los pozos del sector este (entre 7b y 7a; entre 7a y 6b; entre 6b y 6a) y entre aquellos cercanos al fogón (entre 6b y 6a), y en algunas de las camadas de paja del sector norte del área de excavación (entre 6b y 6a). En comparación, no hay superposición espacial en capas

sucesivas para rasgos como los pocitos, concentraciones de carbón, y algunas concentraciones de paja. El rasgo "reborde" fue incorporado sin modificación ni desplazamiento, utilizándose asimismo como límite para la distribución de otros rasgos (e.g., fogones) en la depositación sucesiva de las capas 7a a 6a.

Esta superposición con escaso desplazamiento entre los rasgos indica un grado alto de congruencia entre series de capas sucesivas. Esta congruencia es total en muchos casos, pero también hay cierta variación en su grado para otros rasgos. Sin embargo, si consideramos todo el paquete, la relación entre todos los rasgos no es tan constante, indicando que los limitantes naturales no condicionaron enteramente la estructuración del espacio. Tomada en conjunto, esta información sugiere que hubo un uso semejante del espacio a lo largo de estas capas y que el estado de cada una de las superficies que quedaron expuestas condicionaron los episodios de ocupación siguientes. El grado de congruencia evidenciado y el impacto que la historia de uso de la localidad pudo tener, concuerda con las escalas de tiempo indicadas por el modelo cronológico propuesto que sugiere lapsos breves de depositación para algunas de las capas (Aschero *et al.* 1999). No obstante, esto requiere un estudio del grado de resolución de cada ocupación para poder precisar la intensidad y ritmo de ocupación de la localidad.

Ritmo de reocupación de la localidad

El ritmo de reocupación puede informar acerca del rol de una localidad en un sistema de movilidad y contribuir a determinar la organización de la ocupación regional (Wandsnider 1992). Si bien los modelos de reocupación brindan una forma de relacionar las sucesivas ocupaciones de una misma localidad, la medida que permite establecer el grado de complejidad de los eventos representados en ellas es la resolución. Por lo que vimos, el análisis de congruencia nos permitió establecer una conexión entre las ocupaciones de las capas 6a a 7b. También indicó cierta variabilidad en la disposición (frecuencia y forma) de los rasgos, que podría deberse a diferencias en la intensidad de las ocupaciones.

De acuerdo con Tani (1995), la organización de las actividades en un lugar dado comprende la variedad de actividades desarrolladas, la facilidad de su reubicación o desplazamiento y la duración de las mismas. El manejo del descarte que generan estas actividades incluye el destino que tendrán los residuos primarios, el mantenimiento de la superficie de ocupación y la generación de depósitos secundarios. El resultado de esto queda reflejado en la superficie total cubierta por residuos primarios vs secundarios. Los

depósitos generados se pueden caracterizar por la diversidad de su contenido y su estructuración (ubicación, tamaño, forma, densidad, frecuencia).

Tanto Schiffer (1976) como Binford (1983) enfatizan que a medida que aumenta el mantenimiento se incrementa la proporción de los depósitos secundarios por sobre los primarios. Podemos expresar esto espacialmente sobre la base de la superficie cubierta por el descarte generado. En este caso no diferenciamos entre depósitos primarios o secundarios, aunque está en nuestra agenda de trabajo. Sino que la relación que establecimos fue entre *la superficie cubierta por rasgos vs aquella libre de ellos* para cada ocupación arqueológica, dado que estos son depósitos de descarte por definición (Tani 1995). Consideramos que esta medida es igualmente sensible para estimar en principio la duración de las ocupaciones. De acuerdo con esto, la expectativa sería que una mayor superficie cubierta por descarte se corresponda con una mayor intensidad en las ocupaciones.

Analizamos las mismas capas y las mismas clases de rasgos que en el acápite anterior para explorar la capacidad de esta nueva medida en detectar la variabilidad en el descarte generado. Para ello tomamos a los rasgos (acumulaciones de paja, modificaciones de las superficies e indicadores de combustión) y comparamos su extensión con respecto a la superficie total cubierta por cada capa. La superficie de las capas 6a, 6b y 7a es semejante, mientras que en 7b la superficie de ocupación es mayor al no existir el "reborde" denominado capa 4c en el perfil (Figura 1 y Tabla 1). Al comparar ambas medidas de descarte (Tabla 1 y Figura 3), vemos que existen diferencias claras entre capas sucesivas, aumentándose la proporción de descarte en las capas 6b y 7b.

TABLA 1
*Superficies de la planta y rasgos
medida en cm²*

Capa	Rasgos (cm ²)	%	Planta libre (cm ²)	%	Planta total (cm ²)
6a	19,101	17	90,491	83	109,592
6b	32,396	30	77,196	70	109,592
7a	17,492	18	81,500	82	98,992
7b	36,161	31	79,567	69	115,728

En cada una de estas capas hay un alto grado de congruencia de rasgos de una ocupación a otra, aunque no necesariamente entre todas las capas. Para las capas 6a, 6b y 7a, existieron los mismos limitantes naturales (talud, pared y bloque) y los mismos limitantes inducidos (fogones y "reborde" de la capa 4c). Mientras que para la capa 7b, sólo actuaron como límites a la dispersión de residuos la pared, el bloque y el talud. Sin embargo, hay diferencias en la superficie asignable al descarte independientemente de los limitantes, que atribuimos a diferencias en la duración de cada ocupación.

La resolución temporal de un episodio de ocupación se relaciona más con la organización de las actividades que con la función de las mismas definidas sobre la base del análisis de conjuntos (Binford 1981, 1983; Tani 1995). Como vimos en el modelo anterior, la intensidad en la ocupación se correlaciona en parte con el tiempo de duración de las actividades que se realizan en un lugar (Binford 1983; Tani 1995). Además, el tiempo que un grupo planea ocupar un asentamiento, denominado *uso anticipado* (Binford 1987; Kent 1992), se corresponde con la intensidad y cantidad de descarte generado (Wandsnider 1992; Tani 1995). El uso anticipado se puede expresar en categorías como *escaso*, cuando la permanencia es efímera, *prolongado*, cuando la estadía se extiende bastante más tiempo o es de carácter estacional, e *indeterminada*, cuando el asentamiento se realiza sin un final previsto (Tabla 2). De acuerdo al modelo, el *lapso de ocupación* resultante podrá expresarse en el tiempo de duración de las ocupaciones, sea este *corto*, en días, *mediano*, semanas o meses y *permanente*, años. Cada una de las categorías de uso anticipado resultará en una intensidad diferente, producto de una distinta organización de las actividades. Los depósitos de descarte generados también tendrán una configuración determinada cuya complejidad y extensión se correlacionará con el largo de la ocupación.

La medida empleada anteriormente para inferir el lapso de ocupación, también nos puede servir para discutir en el futuro el grado de mantenimiento.

CONSIDERACIONES FINALES

Sobre la base de los modelos presentados y la evidencia discutida podemos arribar a las siguientes consideraciones. La estructuración espacial de los rasgos (caracterización y disposición), junto con el alto grado de congruencia y la extensión de las superficies cubiertas por rasgos de descarte *versus* la de las superficies libres, indican que el lapso de ocupación para estas unidades de análisis no fue breve como sería de esperar en ocupaciones de corto plazo (Sullivan 1992). Por el contrario, los diferentes indicadores apuntan a que se trata de ocupaciones de mediano plazo. Sin embargo, la

posibilidad de distinguir clases de rasgos discretos, no superpuestos y de naturaleza diferente, indica que el grado de resolución resultante no es necesariamente bajo. El carácter de estas ocupaciones se corresponde más con la definición de reocupación de lugar que con la de ocupaciones múltiples (Ebert 1992; Wandsnider 1992), y por lo tanto serían susceptibles de ser estudiados dentro del modelo de variabilidad ocupacional de Sullivan (1995). Las medidas de superficie de descarte también indican que seguramente existe un grado de variación en el grado de inversión de energía en actividades de mantenimiento que puede depender de la naturaleza y el tamaño del material descartado.

Esto también se apoya en el análisis de la distribución espacial de los restos óseos que mostró variaciones clineales de densidad compatibles con distintas estrategias de mantenimiento (Mengoni Goñalons *et al.* 1999). Por lo tanto, la discusión del grado de resolución de las ocupaciones debe continuar en la búsqueda de medidas sensibles para captar distintas estrategias de manejo del descarte. En este sentido, ha sido valioso emplear unidades de análisis definidas con parámetros espaciales y temporales claros que sacan provecho de las posibilidades del registro arqueológico.

Esto a su vez, puede servir para discutir si el uso recurrente de la localidad para el segmento temporal analizado, residió en su atractivo como elemento del paisaje (Schlanger 1992; Stafford 1995; Wandsnider 1998). Esto contribuiría a la discusión acerca de su rol como sitio dominante en la región (Mengoni Goñalons y Yacobaccio, en este volumen).

TABLA 2
Modelo para el lapso de la ocupación, basado en Tani (1995)

		Uso Anticipado	Escaso	Prolongado	Indefinido
Intensidad	Rango de Actividades		Menor	Moderado	Mayor
	Desplazamiento		Alto	Bajo	Bajo
	Duración		Corta	Larga	Larga
Manejo del Descarte	Frecuencia		+ 1° vs 2°	+ 2° vs 1°	+ 2° vs 1°
	Extensión		Pequeño	Grande	Muy Grande
	Proporción		> 1° vs <2°	> 2° vs <1°	> 2° vs <1°
Lapso de la Ocupación			Corto	Mediano	Permanente

FIGURA 1
Perfil esquemático de CII-AE2
(la escala vertical está exagerada)

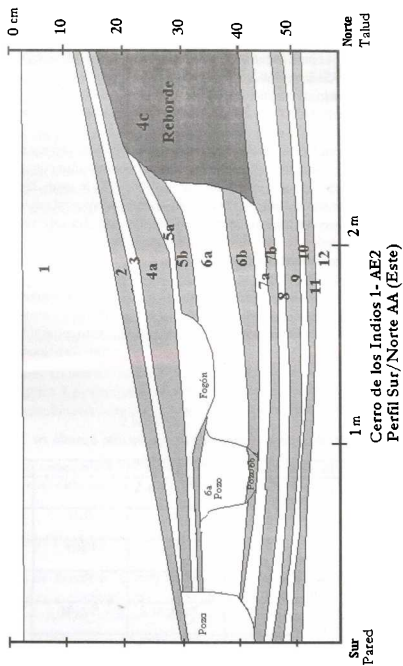


FIGURA 2
Área de excavación 2. Rasgos de la capa 6b

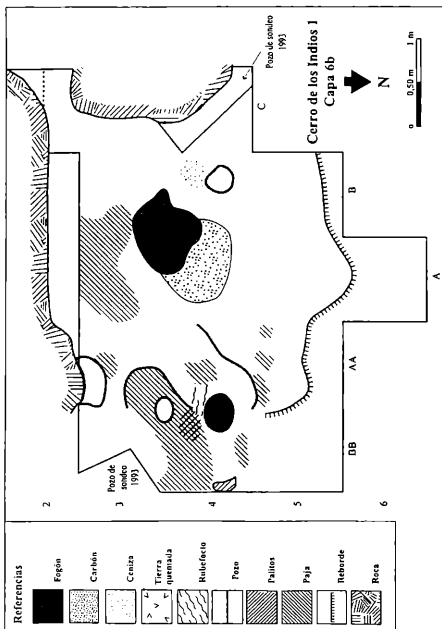


FIGURA 3
Superficie cubierta por descarte (cuadrículado) vs. superficie libre

